

DOMINGO IV DE CUARESMA

LA HOMILÍA S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:
Lc 15, 1-3. 11-32

La parábola del Padre misericordioso tiene varias etapas...

EL HIJO QUE SE MARCHÓ: EL PECADO

El menor dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde”.

Nos pasa también a nosotros. Creemos que nuestra libertad consiste en modelar la realidad como a nosotros nos convenga, ***sin ningún límite*** para nuestros deseos. No queremos dar cuentas a nadie, ni esperar ayuda de nadie. Queremos diseñar nuestra vida a nuestro gusto. Ser el centro de nuestro mundo. No depender de nadie. Y reclamamos la herencia de la vida para vivirla a “nuestro aire”. Dios es rechazado como un intruso intolerable en el mundo de nuestra libertad. Queremos llenar el gran pozo de nuestros deseos, o de nuestras carencias, con bienes consumibles.

Pero esto, además de ser una idolatría, es una ilusión. Nuestra libertad es libertad de criaturas, no de creadores. En cualquier caso Dios respeta nuestra libertad; no quiere esclavos sino hijos. ” ***El padre les repartió sus bienes***” y el hijo ***“Se fue a un país lejano”***. Es alejamiento de Dios.



LEJOS DE LA CASA DEL PADRE: LA NECESIDAD

“Derrochó su fortuna”. El pecado es la ruina de todos los valores. Creemos que la vida vale la pena si tenemos muchas cosas, si vamos a muchas partes, si nos divertimos mucho y lo pasamos muy bien. Siempre hacia fuera, siempre buscando el bienestar fuera de nosotros.

“Comenzó a pasar necesidad”: Lejos de la casa del amor del Padre más tarde o más temprano, se pierde en el vértigo de la nada. Y experimenta la carencia y angustia producida por el pecado. El vacío. Lejos de la casa del Amor de Dios derrocha la vida, que sin duda resulta entretenido, pero es también estresante, agotador, angustioso, y muchas veces decepcionante. A la larga, siempre frustrante. Cuando hemos gastado el dinero y las energías para saciar nuestro afán de pasarlo bien, resulta que se nos echa encima el aburrimiento, el hastío, el ***desencanto, la decepción***. A medio plazo hay mucha gente que llega a la conclusión de que si vivir es esto, si no hay nada más que hacer en la vida, a lo mejor no vale la pena vivir, o por lo menos no vale la pena tomarse la vida tan en serio. Y asoma el fantasma del ***relativismo***, del todo da igual, del no hay nada que valga la pena.

Querer saciar los deseos del hombre con los bienes materiales es como querer secar el océano con una cucharilla. ***El hijo pródigo experimentó el vacío, la necesidad “Yo aquí - dice- me muero de hambre”***

VOLVERÉ: LA CONVERSIÓN

En el reconocimiento de la propia miseria hay un ansia oculta de Dios que puede llevar a la conversión. Esta no es aun perfecta. Es solo una disposición. El pecador está todavía metido en sí mismo. Pero ha comenzado el proceso de conversión.

El hijo pródigo *“Se puso en camino adonde estaba su padre”*: Pone en ejecución su conversión. Ya no sólo se contempla la propia miseria, se produce el descubrimiento de Aquel que puede remediarla.

EL ENCUENTRO QUE RENUEVA

“Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió”. El corazón de Dios, que es siempre el primero en amar, no cambia frente al pecado del hombre, y permanece siempre abierto a la misericordia.

“Y corriendo a su encuentro lo abrazó y lo besó”: La conversión es un reencuentro vivo con una persona viva, es un gesto amoroso de Dios que busca al pecador, lo “abrazo y le da el beso de salvación”

LA FIESTA DE LA MISERICORDIA

“Traed enseguida el mejor traje y vestido”: La vestidura de la gracia. El pecador perdonado es una persona nueva.

“El hermano mayor...se indignó y se negaba a entrar”: Incapacidad humana para perdonar. Los hombres no disponemos de tanta capacidad para perdonar como Dios. El orgullo y el egoísmo nos cierran el corazón.

“Su padre salió e intentaba persuadirlo”: Infinita capacidad de Dios para perdonar. Dios nos invita a superar nuestras actitudes egoístas y a asumir una conducta generosa para con aquellos que pecaron.

“El le contestó: hace tantos años que te sirvo nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta”: Egoísmo y orgullo que piden cuentas a Dios. El fariseísmo de los justos. El egoísmo se asocia al orgullo y al recuento de los propios méritos.

Todos también llevamos dentro algo de ese hijo mayor. Dejemos que el Padre nos diga: Aquí no ha pan tasado ¡Hijo, todo lo mío es tuyo!

Es hora de que te animes a compartir con tu hermano el pan de los hijos.
¡Déjate reconciliar con Dios, contigo mismo y con tu hermano!